

Antoine Prost

Colección dirigida por:
Pedro Ruiz Torres, Sergio Sevilla y Jenaro Talens

Doce lecciones sobre la historia

Edición y traducción de Analet Pons y Justo Serna

FRÓNESIS
CÁTEDRA
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Los hechos y la crítica histórica

Si hay alguna convicción arraigada en la opinión pública es la de que en historia hay hechos y la de que es necesario conocerlos.

Esta creencia está en la base de las protestas que en Francia suscitaron los programas de historia de 1970 y 1977, e incluso fue esgrimida en los debates de 1980 con una ingenuidad reveladora. «Los alumnos no saben nada en absoluto...», he ahí el gran reproche. De lo que se infiere que en historia hay cosas que debemos saber. O, mejor dicho, hay hechos y hay datos. Existen personas razonables que ignoran por completo si Marignan fue una victoria o una derrota, y qué era lo que estaba en juego, pero que se indignan si los alumnos ignoran la fecha¹. Para el gran público, la historia queda a menudo reducida a un esqueleto compuesto de hechos datados: revocación del edicto de Nantes en 1685, la Comuna de París en 1871, el descubrimiento de América en 1492, etcétera. En efecto, aprender los hechos y memorizarlos viene a

¹ Los días 13 y 14 de septiembre de 1515, las tropas del joven rey francés Francisco I se batieron victoriosas frente al ejército suizo por el control del ducado de Milán. La batalla no es muy conocida en España, pero no ocurre lo mismo en Francia, en Suiza y en Italia —donde se la conoce como «Battaglia di Marignano» o «Dei Giganti»—, por diversas razones: aquella cruenta derrota está en la base de la política de neutralidad mantenida desde entonces por los suizos. Para los franceses supuso, entre otras cosas, estrechar sus lazos con el Renacimiento italiano. De hecho, cabe recordar que Leonardo da Vinci siguió al rey francés y le hizo obsequio, antes de su muerte, de su obra más famosa, la *Gioconda*, que hoy puede contemplarse en el Louvre. (N. de los T.)

ser el modo en que se aprende la historia. Y lo mismo ocurre en los niveles de estudios más avanzados: «Si tienes memoria, conseguirás la agregación de historia», escuchaba yo mismo a menudo cuando preparaba esa oposición.

De este modo, abordamos sin duda la diferencia clave que hay entre la enseñanza y la investigación, entre la historia que se imparte didácticamente y aquella que se elabora. En la enseñanza, los hechos son sólo hechos, mientras que en la investigación es necesario construirlos.

EL MÉTODO CRÍTICO

Tal como se enseña en las aulas, incluso en las de la propia universidad, la historia procede en dos tiempos: en primer lugar, conoce los hechos, para a continuación explicarlos, elaborarlos formando parte de un discurso coherente. Esta dicotomía entre el establecimiento de los hechos y su interpretación ya fue teorizada a finales del siglo XIX por la escuela «metódica», y particularmente por Langlois y Seignobos. Esta dualidad es el hilo conductor de la *Introducción a los estudios históricos* (1897) y de *El método histórico aplicado a las ciencias sociales* (1901).

Los hechos como pruebas

Langlois y Seignobos no consideraban que los hechos fueran sólo hechos: por el contrario, ambos dedicaron mucho tiempo a explicar cuáles eran las reglas que debían seguirse para construirlos. Ahora bien, tanto en su espíritu como en el de toda la escuela metódica que ellos formalizaron, los hechos, una vez contruidos, lo son definitivamente. De ahí, pues, la división del trabajo histórico en dos tiempos y entre dos grupos de profesionales: los investigadores —entendiendo por tales los profesores de las facultades— establecen los hechos; los profesores de los liceos los utilizan. Los hechos son así como las piedras con las que construimos los muros de un edificio denominado historia. En su librito *L'Histoire dans l'enseignement secondaire*, Seignobos siente incluso un cierto orgullo de su condición de fabricante de hechos:

La costumbre de la crítica me ha permitido seleccionar las historias tradicionales que los profesores se transmitían de generación en generación y descartar las anécdotas apócrifas y los aspec-

tos legendarios. He podido renovar la provisión de hechos característicos que son ciertos y de los que la enseñanza de la historia se debe alimentar².

La importancia que se le concede a este trabajo de construcción de los hechos se explica a partir de una preocupación central: ¿cómo otorgar al discurso del historiador un estatuto científico?, ¿cómo asegurar que la historia no es una suerte de opiniones subjetivas que cada uno es libre o no de aceptar, sino la expresión de una verdad objetiva que, como tal, se impone a todos nosotros?

La cuestión no es de las que uno pueda declarar superfluas, inútiles o caducas. Hoy en día, no la podemos despachar sin renunciar a aspectos importantes. Para convencerse, basta con pensar en el genocidio hitleriano. La afirmación de que la Alemania nazi fue durante varios años una empresa de exterminio sistemático de los judíos no es una opinión subjetiva que seamos libres de compartir o negar. Es una verdad. Ahora bien, para que tenga un estatuto objetivo, es necesario que descansen sobre hechos. En este sentido, por ejemplo, es un hecho que las SS construyeron cámaras de gas en algunos campos de concentración, y, además, es algo que se puede probar³.

En el discurso de los historiadores, los hechos son, pues, el núcleo duro, aquello que resiste a la contestación. «Los hechos son testarudos», se dice con razón. Preocuparnos por ellos en historia es hacerlo por la administración de la prueba, lo cual es indisoluble de la referencia a la que uno está obligado. Precisamente, acabo de dar referencias en nota sobre la existencia de cámaras de gas, puesto que ésta es la norma de la profesión. El historiador no pide que se le crea por su palabra, bajo el pretexto de que se trata de un profesional que conoce su oficio, aunque por lo general éste sea el caso. Da al lector el medio para comprobar lo que afirma: los «procedimientos de exposición estrictamente científicos» que G. Monod reivindicaba para la *Revue Historique* requieren que «cada afirmación esté acompañada de pruebas, de llama-

das a las fuentes y de citas»⁴. De la escuela metódica a la de los *Annales* (véase el texto de M. Bloch que sigue), la unanimidad en este punto es total: es una regla común de la profesión.

MARC BLOCH: ELOGIO DE LAS NOTAS A PIE DE PÁGINA

Pero cuando algunos lectores se quejan de que la menor línea puesta bajo el texto les hace dar vueltas a la cabeza, cuando ciertos editores pretenden que sus compradores, sin duda menos hipersensibles en realidad que los pintan, sufren el martirio a la vista de cualquier página así deshonrada, esos «delicados» prueban sencillamente su impermeabilidad a los preceptos más elementales de una moral de la inteligencia. Porque, fuera de los libres juegos de la fantasía, una afirmación no tiene derecho a producirse sino a condición de poder ser comprobada. Y un historiador, si emplea un documento, debe indicar, lo más brevemente posible, su procedencia, es decir, el medio de dar con él, lo que equivale a someterse a una regla universal de probidad. Nuestra opinión, emponzoñada de dogmas y de mitos —aun la más antigua de las luces—, ha perdido hasta el gusto de la comprobación. El día en que, habiendo tenido ante todo el cuidado de no hacerla odiosa con una inútil pedantería, logremos persuadirla para que mida el valor de un conocimiento por su prisa en enfrentarse de antemano a la refutación, entonces y sólo entonces las fuerzas de la razón ganarán una de sus más espléndidas victorias. En prepararla trabajan nuestras humildes notas, nuestras pequeñas referencias, de las que se burlan hoy, sin entenderlas, tantos brillantes ingenios.

Apologie pour l'histoire, pág. 40 (trad. esp., págs. 71-72).

Aunque exija una discusión más amplia, la idea de una verdad objetiva que descansa sobre los hechos debería ser analizada con mayor profundidad. En realidad, y por su misma importancia, sigue siendo parte constitutiva de la historia. Los historiadores buscan siempre las afirmaciones hechas sin prueba que se deslizan en los exámenes de los estudiantes o en los artículos de los periodistas. Hay allí, y esto debe

² *L'Histoire dans l'enseignement secondaire*, pág. 31.

³ Véanse Eugen Kogon, Hermann Langbein, Adalbert Rückerl, *Les Chambres à gaz, secret d'État*, París, Éd. De Minuit, 1984, reed. Points Histoire, 1987, y la obra de un antiguo revisionista que se ha dirigido a los archivos para probar sus tesis... y quien ha llegado a conclusiones rigurosamente inversas, sin hacer trampas con sus fuentes: Jean-Claude Pressac, *Les Crématoires d'Auschwitz, la machinerie du meurtre de masse*, París, CNRS Éditions, 1993.

⁴ G. Monod, G. Fagniez, Manifiesto del primer número de la *Revue Historique*, reproducido por la misma publicación en el núm. 518, abril-junio de 1976, págs. 295-296. Véase asimismo Gabriel Monod, «Du progrès des études historiques en France depuis le xvi^e siècle», *ibid.*, págs. 297-324.

quedar claro de entrada para evitar las simplificaciones, una base esencial del oficio de historiador: no hay afirmaciones sin pruebas, es decir, no hay historia sin hechos.

Las técnicas de la crítica

En esta fase de la reflexión, la cuestión que se plantea es la del establecimiento de los hechos: ¿cómo establecer los hechos que son ciertos? ¿Qué procedimiento debemos seguir? La repuesta reside en el método crítico, que podemos hacer remontar al menos a Mabillon y a *De Re Diplomatica* (1681). Langlois y Seignobos lo detallan ampliamente. En realidad, ellos están interesados por los hechos contruidos a partir de documentos escritos, sobre todo de los textos de archivo. Se les podría reprochar no haber ampliado su observación a otro tipo de fuentes, pero eso no basta para descalificarlos. En efecto, la mayoría de los historiadores continúan trabajando sobre ese tipo de documento, comprendidos aquellos que, como L. Febvre, F. Braudel o J. Le Goff, han abogado por la necesaria ampliación del repertorio documental. Fue G. Duby quien evocó «el enorme montón de palabras escritas recién salidas de las canteras al que van los historiadores a aprovisionarse, a escoger, a tallar, a ajustar, para después construir el edificio cuyo proyecto han concebido previamente»⁵. Sea como fuere, los historiadores se arriesgan a ser reconocidos durante mucho tiempo todavía, como dijera Arlette Farge, por la atracción del archivo.

Cualquiera que sea el objeto al que se refiera, la crítica no es asunto de principiantes, como lo demuestran las dificultades que los estudiantes encuentran al vérselas con un texto. Es necesario ser ya un historiador para criticar un documento, puesto que esencialmente se trata de ponerlo en relación con todo lo que uno ya sabe del tema en cuestión, así como del lugar y del momento a que se refiere. En cierto sentido, la crítica, la propia historia, se afina a medida que la historia se amplía y profundiza.

Así se evidencia en cada una de las etapas que analizan los maestros del método crítico, Langlois y Seignobos. Ambos distinguen entre crítica externa e interna. La primera parte de las características materiales del documento: el papel, la tinta, la escritura, los sellos que lo acompañan; la segunda se centra en la coherencia interna del texto,

por ejemplo en la compatibilidad entre la fecha que consigna y los hechos de los que habla.

Los medievalistas como Langlois, que tratan habitualmente con diplomas reales o decretos pontificios que son apócrifos, prestan gran atención a la crítica externa para distinguir el documento auténtico de aquel otro que pueda ser reputado como falso. Las ciencias auxiliares de la historia son una ayuda preciosa en ese dominio. La *paleografía*, o ciencia de las viejas escrituras, permite decir si la grafía de un manuscrito corresponde a la fecha pretendida. La *diplomática* enseña las convenciones según las cuales se componían los documentos: cómo se encabezaban, cómo se redactaban la introducción y el cuerpo del texto (el *dispositivo*), cómo aparecía el firmante, con qué títulos y en qué orden (la *titularidad*); la *sigilografía* enumera los diversos sellos y las fechas en las que se emplearon. La *epigrafía* indica las reglas que, desde la antigüedad, se solían utilizar para componer las inscripciones, en particular las funerarias.

Con estos recursos, la crítica externa puede discernir los documentos de autenticidad probable frente a los falsos, o de aquellos otros que han sufrido modificaciones (crítica de procedencia). Por ejemplo, es evidente que uno que esté escrito sobre papel y no sobre pergamino, y que se pretenda datado en el siglo XII, es falso. Eventualmente la crítica restablece el documento original después de haberlo despojado de los añadidos o haberle restituido las partes que faltaban, como se hace a menudo con las inscripciones romanas o griegas (crítica de restitución). Un caso particular de aplicación de estos métodos lo constituye la edición crítica, algo en lo que sobresalía la filología alemana. En este caso, se comparan todos los manuscritos para contabilizar las variaciones, se establecen las filiaciones que se dan entre ellos y se propone una versión tan cercana como sea posible al texto original. Pero el método no sólo es válido para textos antiguos: resulta adecuado, por ejemplo, para averiguar qué dijo con exactitud el mariscal Pétain, y para ello podemos comparar sus grabaciones radiofónicas y los textos escritos de sus mensajes y discursos⁶.

Aunque este punto haya quedado firmemente establecido, el historiador no ha puesto fin a sus desvelos. Que un documento sea o no auténtico nada nos dice sobre su sentido. Una copia de un diploma merovingio hecha tres siglos después del original no es un documento

⁵ *L'Histoire continue*, pág. 25 (trad. esp., pág. 19).

⁶ Véase la edición de Jean-Claude Barbas, *Philippe Pétain, Discours aux Français*, París, Albin Michel, 1989.

auténtico, pero no es necesariamente una falsificación. La copia puede haber sido hecha con fidelidad. La crítica interna examina entonces la coherencia del texto y se pregunta sobre su compatibilidad con lo que se conoce por otras vías a partir de documentos análogos. Así pues, procede siempre por aproximaciones: si lo ignoramos todo sobre un periodo o de un tipo de documento, no sería posible ninguna crítica. De donde resulta que no podemos tomarla como el punto de partida soberano: es necesario ser ya historiador para poder criticar un documento.

Ahora bien, como se ha dicho, no debe creerse que estos problemas sólo los podamos ver en los textos antiguos. Presentaremos para ello dos ejemplos tomados de la historia del siglo xx. El primero es el llamamiento que el Partido Comunista Francés habría lanzado supuestamente el 10 de julio de 1940 para incitar a la resistencia. Ahora bien, en ese texto hay contradicciones, pues por un lado menciona nombres de ministros que son designados el 13 de julio, y, por otra parte, no se corresponde con lo que conocemos de la estrategia de ese partido en julio de 1940, inmerso por aquel entonces en una serie de discusiones con los ocupantes por la reaparición de un diario. Los historiadores han considerado, pues, que se trataba de un texto más tardío y, como forma parte de la serie de los *Humanité* clandestinos, probablemente habría sido impreso en una fecha posterior al mes de julio⁷. La superchería, pues, no resiste la crítica.

El segundo ejemplo lo tomo prestado de una reciente polémica en la que está en juego Jean Moulin⁸. En una obra destinada al gran pú-

blico, el periodista Thierry Wolton afirma que Jean Moulin, entonces prefecto de Eure-et-Loir, pasaba información a un espía soviético, un tal Robinson⁹. En apoyo de sus afirmaciones, citaba un informe enviado por este último a Moscú. En él se daba cuenta de una intensa actividad en los aeródromos de Chartres y de Dreux, de los trabajos de prolongación de las pistas de aterrizaje en 4,5 kilómetros y de la presencia de 220 grandes bombarderos en el de Chartres. Dada la precisión de estas informaciones, Wolton concluye que sólo el prefecto podía habérselas suministrado. Ahora bien, un poco de crítica interna le hubiera disuadido de utilizar ese argumento. En efecto, las cifras citadas son absurdas: pistas de 4,5 kilómetros de largo no tienen ninguna justificación para lo que era la aviación en 1940 (sólo los Boeing 747 necesitaban 2 kilómetros), y la aviación alemana contaba en octubre de 1940 con un total de 800 bombarderos. Allí tenía 30, incluidos los 22 que estaban operativos en Chartres. ¡No se puede decir que el informador de Robinson estuviera bien informado!¹⁰.

Todos los métodos críticos tienen por objeto responder a cuestiones simples. ¿De dónde procede el documento? ¿Cómo se ha conservado y transmitido? ¿Quién es su autor? ¿Es sincero? ¿Tiene razones, conscientes o no, para deformar su testimonio? ¿Dice la verdad? ¿Le permite su posición disponer de buenas informaciones o más bien hace que estén sesgadas? En cualquier caso, estas preguntas nos colocan en dos planos distintos: la *crítica de la sinceridad* conduce a averiguar las intenciones del testigo, reconocidas o no; la *crítica de la exactitud* se refiere en cambio a su situación objetiva. La primera está atenta a las mentiras, la segunda a los errores. Un memorialista será sospechoso de darse un papel destacado, y la crítica de la sinceridad será particularmente exigente en este caso. Si lo que describe es una acción o una situación a la que asistió sin estar directamente involucrado, la crítica de la exactitud le concederá mayor interés que si sólo se hiciera eco de afirmaciones de terceras personas.

Desde esta perspectiva, resulta pertinente la distinción clásica entre testimonios voluntarios e involuntarios. Los primeros fueron ideados

⁹ El libro al que alude A. Prost es el de Thierry Wolton, *Le Grand recrutement*, Paris, Grasset, 1993. (N. de los T.)

¹⁰ Tomamos este ejemplo de François Bédarida, «L'histoire de la Résistance et l'affaire Jean Moulin», *Les Cahiers de l'IHTP*, núm. 27, junio de 1994, *Jean Moulin et la Résistance en 1943*, pág. 160. Para otros ejemplos análogos a propósito de la misma obra pretendidamente histórica, véase Pierre Vidal-Naquet, *Le Trait empoisonné: réflexions sur l'affaire Jean Moulin*, Paris, La Découverte, 1993.

⁷ Como se sabe, *L'Humanité* fue creado y dirigido por Jean Jaurès en abril de 1904. A partir de 1911 fue el diario del partido socialista, para convertirse después en portavoz del Partido Comunista Francés al crearse éste en el congreso de Tours de diciembre de 1920. En agosto de 1939 fue confiscado y prohibida su publicación, pero desde octubre de ese mismo año dio comienzo una edición regular en la clandestinidad. Este «*Humanité* clandestino» se mantuvo hasta agosto de 1944 y ocupa un total de 317 números. (N. de los T.)

⁸ Jean Moulin es considerado en Francia un héroe nacional, un mito de la resistencia. A su figura se han dedicado monumentos y una abundante bibliografía; da nombre a diversos centros educativos galos e incluso su rostro apareció en los años 50 en los sellos de correos. Moulin ocupó diversos cargos en la administración francesa entre 1932 y 1939, siendo prefecto de Aveyron en 1938 y de Eure-et-Loir en 1939. Tras ser cesado un año después por el gobierno de Vichy, huye a Londres en 1941 para ponerse bajo las órdenes del general De Gaulle, con quien colaborará estrechamente en la organización de la resistencia. De hecho, presidió el nuevo Consejo Nacional de la Resistencia en mayo de 1943. Sin embargo, en junio es arrestado y torturado por la Gestapo, con la participación destacada de Klaus Barbie, y murió en julio. (N. de los T.)

para informar a sus lectores, presentes o futuros. Las crónicas, las memorias, todas las fuentes «narrativas» pertenecen a esta categoría, como también los informes de los prefectos, las monografías locales que los maestros de escuela prepararan para la exposición de 1900, así como toda la prensa... En cambio, los testimonios involuntarios no estaban destinados a informar. M. Bloch se refiere con agrado a «estos indicios que, sin premeditación, deja caer el pasado a lo largo de su ruta»¹¹. Hablamos de un correspondencia privada, de un diario íntimo, de las cuentas de una empresa, de los certificados (partidas, escrituras) de matrimonio (cartas dotalas), de las declaraciones de sucesión, de los objetos, las imágenes o los escarabajos de oro encontrados en las tumbas micénicas, pero también de los restos de una vasija de barro lanzados a un pozo en el siglo XIV. Así, por ejemplo, la propia chatarra que dejó un obús nos instruye más sobre el campo de batalla de Verdún que el testimonio voluntario (fabricado y falsificado) que procede de las trincheras...

Las críticas de la sinceridad y de la exactitud son más exigentes con los testimonios voluntarios. Pero tampoco es necesario ahondar en la distinción, dado que la habilidad de los historiadores consiste a menudo en tratar los testimonios voluntarios como si fueran involuntarios, y en interrogarlos sobre cosas distintas de las que querían decir. Enfrentado a los discursos pronunciados el 11 de noviembre ante los monumentos a los caídos, el historiador no se preguntará por lo que dicen, que por lo demás resulta pobre y repetitivo; se interesará por los términos utilizados, por los conjuntos de oposiciones o de sustituciones, y de este modo obtendrá una mentalidad, una representación de la guerra, de la sociedad, de la nación. A este respecto, M. Bloch siempre anotaba con humor que, «condenados, como lo estamos, a conocerlo (el pasado) únicamente por sus rastros, por lo menos hemos conseguido saber mucho más acerca de él que lo que tuvo a bien dejarnos dicho»¹².

Al margen de que un testimonio sea o no voluntario, de que su autor sea o no sincero o esté o no informado, es necesario acertar con el sentido del texto (crítica de interpretación). La atención se sitúa aquí en el sentido de los términos, en sus usos desviados o irónicos, en aquellas palabras que vienen dictadas por la situación que impone el momento (es lógico, por ejemplo, elogiar al difunto en el transcurso de una oración fúnebre). Ya el propio M. Bloch, para quien era demasia-

¹¹ *Apologie*, pág. 25 (trad. esp., pág. 52).

¹² *Ibid.* (trad. esp., pág. 53).

do breve la relación de ciencias auxiliares de la historia que se proponía a los estudiantes, sugería añadir también la lingüística: «A hombres que en la mitad de su tiempo no podrán alcanzar el objeto de sus estudios sino a través de las palabras, ¿por qué absurdo paralogismo se les permite (...) ignorar las adquisiciones fundamentales de la lingüística?»¹³. A menudo, los conceptos cambian de sentido, de modo que los que parecen más transparentes resultan ser los más peligrosos. El término «burgués» no designa la misma realidad social en un texto medieval que en otro romántico o en Marx. Por eso mismo, podríamos establecer una historia de los conceptos que fuera previa a cualquiera otra historia¹⁴.

En un plano más general, podemos decir que todo texto es codificado con un sistema de representaciones que se corresponde con un vocabulario concreto. Un informe redactado por un prefecto de la Restauración sobre la situación política y social de un departamento rural estará deformado, de manera inconsciente e imperceptible si se quiere, por la imagen que él se haga de los campesinos: verá lo que espera ver y lo que su representación previa le permita aceptar; en cambio, descuidará eventualmente lo que no se incluya dentro de ese esquema. La interpretación de su informe supone, pues, que el historiador tenga presente el sistema de representaciones que era habitual entre los notables de la época¹⁵. Por tanto, tomar en consideración las «representaciones colectivas» resulta indispensable para una correcta interpretación de los textos¹⁶.

¹³ *Ibid.*, pág. 28 (trad. esp., pág. 57).

¹⁴ Véase Reinhart Koselleck, «Histoire des concepts et histoire sociale», en *Le Futur passé*, págs. 99-118. Koselleck toma el ejemplo de un texto de Hardenberg (1907): «Una jerarquización racional que no privilegie a una *clase* frente a otra, sino que asigne su lugar a los ciudadanos de todos los estamentos según ciertas clases es una de las verdaderas y nada superficiales necesidades de un Estado» (trad. esp., pág. 107). (La versión francesa del libro de Koselleck no coincide totalmente con la española que citamos aquí. Así, lo que en castellano es «clase» en su primera aparición en la cita, en francés es «*ordre*». Esta última opción parece más acertada que la que ha elegido el traductor español de acuerdo con el sentido de lo que se está diciendo: el privilegio estamental. [N. de los T.]). El análisis de los conceptos, de épocas diferentes, permite aclarar la novedad de sus intenciones y su aspecto polémico.

¹⁵ A. Corbin, «*Le vertige des foisonnements*», R. Chartier, «Le monde comme représentation», y G. Noiriel, «Pour une approche subjectiviste du social».

¹⁶ Aunque Prost no lo diga expresamente, ese concepto, el de «representaciones colectivas», procede Émile Durkheim y justamente por eso lo pone entre comillas, como cita literal del sociólogo francés. Émile Durkheim empezó a emplear este concepto en torno a 1897, en *Le Suicide*. Según él, la vida social está hecha esencialmente de represen-

Llegados a este punto, podríamos prolongar la descripción del aparato crítico, pero seguramente resultará más provechoso detenernos en abordar el espíritu que la alienta.

El espíritu crítico del historiador

Se tiene en ocasiones la impresión de que la crítica es sólo una cuestión de sensatez y que, por eso mismo, la disciplina exigida por la corporación resultaría superflua. Sería más bien una manía de eruditos, una coquetería de científicos, un signo de reconocimiento para iniciados.

Nada hay más falso. Las reglas de la crítica y de la erudición, la obligación de ofrecer las referencias, no forman parte de unas normas arbitrarias. De hecho, son ellas las que establecen con claridad la diferencia entre el historiador profesional, el aficionado y el novelista. Pero ante todo tienen la función de educar la forma en que el historiador mira las fuentes. Una gran virtud si se quiere, en todo caso una actitud aprendida, no espontánea, pero que moldea el carácter esencial de aquellos que se dedican a este oficio.

Ese rasgo se observa de inmediato cuando uno compara los trabajos de los historiadores con aquellos otros que producen los sociólogos o los economistas. Los primeros se plantean por lo general una cuestión previa sobre el origen de los documentos y de los hechos de los que hablan. Tomemos, por ejemplo, las estadísticas de huelgas. El historiador no dará por sentada la veracidad de las cifras oficiales, sino que se interrogará sobre la forma en que se recogieron: ¿quién lo hizo?, ¿con qué procedimiento administrativo?

La actitud crítica no es, pues, natural. Seignobos lo expuso muy claramente (véase más abajo) utilizando la comparación con aquel hombre que cae al agua y cuyos movimientos espontáneos le hacen ahogarse: «Aprender a nadar es adquirir el hábito de refrenar nuestros movimientos espontáneos y realizar movimientos que no son naturales.»

taciones, y estas representaciones son estados de la conciencia colectiva —ese modo común de apreciar el mundo que tienen los contemporáneos—, cristalizaciones diversas que se dan en esferas y grupos distintos, cristalizaciones que son independientes de los individuos y que tienen una dinámica parcialmente autónoma hasta el punto de poder atraerse, oponerse o sintetizarse mutuamente. Las representaciones colectivas se refieren a las normas y valores de colectividades o instituciones tales como la familia, el trabajo, el Estado, la religión o la educación. (N. de los T.)

CHARLES SEIGNOBOS: LA CRÍTICA ES ANTINATURAL

...la crítica se opone al giro normal de la inteligencia humana; la tendencia espontánea del hombre es creer lo que se le dice. Es natural aceptar cualquier afirmación, sobre todo una afirmación escrita —con más facilidad si está consignada en números— y más fácilmente todavía si procede de una autoridad oficial, si es, como se dice, auténtica. Aplicar la crítica es, por tanto, adoptar un modo de pensar contrario al pensamiento espontáneo, una actitud de espíritu antinatural (...). Lo cual no se logra sin esfuerzo. El movimiento espontáneo del que cae al agua es hacer todo lo posible para ahogarse. Aprender a nadar es adquirir el hábito de refrenar nuestros movimientos espontáneos y realizar movimientos que no son naturales.

(...)

La impresión especial producida por los números es en particular importante, sobre todo en las ciencias sociales. La cifra tiene un aspecto matemático que da la ilusión del hecho científico. Espontáneamente se tiende a confundir «preciso y exacto». Una noción vaga no puede ser enteramente exacta; de la oposición entre vago y exacto se llega a la identidad entre «exacto» y «preciso». Se olvida que un dato muy preciso es con frecuencia muy falso. Si digo que hay en París 525.637 almas será una cifra precisa, mucho más precisa que «dos millones y medio», y, sin embargo, mucho menos verdadera. Se dice vulgarmente: «definitivo como una cifra», aproximadamente en el mismo sentido que «la verdad a secas», lo cual hace sobreentender que la cifra es la forma perfecta de la verdad. Se dice también: «son números», como si toda proposición se hiciese verdadera en cuanto adopta forma aritmética. La tendencia es todavía más fuerte cuando en vez de una cifra aislada se ve una serie de cifras enlazadas mediante operaciones aritméticas. Las operaciones son científicas y ciertas, inspiran una impresión de confianza que se extiende a los datos de hecho sobre los que se ha trabajado. Es necesario un esfuerzo de crítica para distinguir, para admitir que en un cálculo justo los datos puedan ser falsos, lo cual quita todo valor a los resultados.

La Méthode historique appliquée aux sciences sociales, págs. 32-35 (trad. esp., págs. 31-34).

Todavía subsisten hoy aquellas creencias contra las que Seignobos nos ponía en guardia. Nuestra obligación es oponer resistencia al prestigio de las autoridades oficiales. Resulta más necesario que nunca no ceder a la sugestión que provocan las cifras precisas ni al vértigo que

producen los números. La exactitud y la precisión son cosas distintas, y una cifra aproximada vale más que los decimales ilusorios. Los historiadores harían mejor sus deberes si, al utilizar los métodos cuantitativos, a menudo indispensables, estuvieran más atentos a desmitificar cifras y cálculos.

A estas advertencias, todavía hoy de actualidad, conviene añadir otras nuevas. Se refieren al testimonio de los testigos directos y a la imagen. Nuestra época, aficionada a la historia oral, acostumbrada por la televisión y la radio a «vivir» —y se dice sin bromea— los acontecimientos en directo, concede a la palabra de los testigos un valor excesivo. En cierta ocasión, durante un curso de *licence*, empleé la crítica interna para datar a finales de 1940 una octavilla estudiantil —el texto se refería a la manifestación del 11 de noviembre como si de un hecho reciente se tratara¹⁷. Pues bien, los alumnos se mostraron dubitativos y lamentaron no poder encontrar a ningún estudiante del curso de 1940 que hubiera distribuido aquella octavilla y que se acordara de esa fecha. Como si la memoria de los testigos directos, medio siglo después del acontecimiento, fuera más fiable que las indicaciones materiales proporcionadas por el documento.

Lo mismo sucede con las imágenes. La fotografía consigue convencernos: ¿acaso la película no fijaría la verdad? Tomemos, por ejemplo, dos instantáneas de la firma del pacto germano-soviético: en una sólo aparecen Ribbentrop y Molotov; en la otra, además de estos dos personajes, aparece un decorado diferente y detrás de ellos, de pie, se disponen todos los oficiales de la URSS, incluido el propio Stalin. Pues bien, basta compararlas detenidamente para advertir la posible amplitud de los trucajes¹⁸. Lo mismo ocurre cuando se dice que en todas las

películas que los aliados filmaron sobre la Primera Guerra sólo hay dos secuencias tomadas en las líneas de batalla. De este modo, nos damos cuenta de que es esencial realizar una crítica en términos de representaciones colectivas antes de utilizar eventualmente este tipo de documentos.

No obstante, como se puede observar, ni la crítica de los testimonios orales ni la de las fotografías o la de las películas difieren de la crítica histórica clásica. Se trata del mismo método, aunque se aplique ahora a otro tipo de documentos. La única variación puede estar en que a menudo utilizamos conocimientos específicos —por ejemplo, el conocimiento preciso de las condiciones de rodaje que se daban en una determinada época. Pero fundamentalmente es el mismo planteamiento que un medievalista sigue ante sus documentos. El método crítico es uno y, como veremos, es el único método consustancial a la historia.

FUNDAMENTOS Y LÍMITES DE LA CRÍTICA

La historia, conocimiento por huellas

La importancia que todas las obras sobre epistemología de la historia otorgan al método crítico es un signo inequívoco de que estamos ante un aspecto central. ¿Por qué no hay historia sin crítica? La respuesta es todavía hoy la misma, la de Langlois y Seignobos, la de Bloch y Marrou: puesto que la historia se refiere al pasado, su conocimiento está basado en huellas.

No podemos definir la historia como el conocimiento del pasado, como a menudo decimos un poco a la ligera, puesto que el carácter de *pasado* no basta para definir un hecho o un objeto de conocimiento. Todos los hechos *pasados* fueron antes hechos *presentes*: entre unos y otros no existe ninguna diferencia de naturaleza. *Pasado* es un adjetivo, no un sustantivo, que se utiliza de forma abusiva para designar el conjunto indefinidamente abierto de los objetos que pueden presentar ese rasgo o recibir tal denominación.

De esta constante se derivan dos consecuencias a las que no se concederá jamás la importancia que merecen. En primer lugar, nos impide especificar la historia por su objeto. Todas las ciencias que se dicen tales tienen su propio ámbito, cualquiera que sea su interdependencia. Su nombre es suficiente para que distingamos el dominio que exploran y aquel que queda fuera de su esfera de actuación. La astronomía

¹⁷ Se trata de una célebre manifestación estudiantil contra la ocupación. Para entonces, el armisticio había sido firmado, la «paz» reinaba en Francia y el término «resistencia» aún no existía. En ese contexto estaba prohibida toda conmemoración o celebración, en especial la del armisticio de 1918. De ahí la importancia simbólica de este primer acto de resistencia, que inicialmente no era más que el intento de un pequeño grupo de estudiantes de liceo de depositar una ofrenda ante la tumba del soldado desconocido en homenaje a aquel armisticio de 1918. Como recuerdo existe una Association des Résistants du 11 Novembre 1940 y cada año se celebra tal fecha en honor de esos dos hechos. (*N. de los T.*)

¹⁸ La falsa es la fotografía sin Stalin y sin el Buró político, por dos razones. Crítica externa: es más fácil recortar los dos personajes centrales para borrar los otros que añadirlos. Crítica interna: los soviéticos tenían interés en minimizar el compromiso de Stalin tras la ofensiva alemana en Rusia. Sobre la crítica del documento fotográfico, véase Alain Jaubert, *Le Commissariat aux archives. Les photos qui falsifient l'histoire*.

estudia los astros, no el sílex ni la población. La demografía se ocupa de las poblaciones, etcétera. Pero la historia puede interesarse tanto por el sílex como por la población, o incluso por el clima... No hay, pues, hechos *históricos* por naturaleza como hay hechos *químicos* o *demográficos*. El término *historia* no pertenece, pues, al mismo conjunto que los términos *biofísica molecular*, *física nuclear*, *climatología* o la propia *etnología*. Como recalcó Seignobos, «no hay más que hechos históricos por posición».

CHARLES SEIGNOBOS: NO HAY MÁS QUE HAY HECHOS HISTÓRICOS POR POSICIÓN

Pero, en cuanto se trata de delimitar prácticamente el terreno de la Historia, una vez que se intenta trazar los confines entre una ciencia histórica de los hechos humanos del pasado y una ciencia actual de los hechos humanos del presente, se ve que no puede establecerse ese límite, porque en realidad no hay hechos que sean históricos por su naturaleza, como hay hechos fisiológicos o biológicos. En el uso vulgar, la palabra «histórico» se toma todavía en el sentido antiguo: digno de ser contado. Se dice en este sentido una «jornada histórica» o una «frase histórica». Pero esta noción de la Historia se ha abandonado; cualquier incidente pasado forma parte de ella, tanto el traje que usaba un aldeano del siglo XVIII como la toma de la Bastilla, y los motivos que hacen parecer un hecho digno de mención son variables hasta el infinito. La Historia comprende el estudio de todos los hechos pasados, políticos, intelectuales, económicos, la mayor parte de los cuales han pasado desapercibidos. Parecería, pues, que los hechos históricos pudieran definirse como los «hechos pasados», en oposición a los hechos actuales que son objeto de las ciencias descriptivas de la humanidad. Precisamente esta oposición es la que no puede mantenerse en la práctica. Ser presente o pasado no es una diferencia de carácter interno, que dependa de la naturaleza de un hecho, no es sino diferencia de posición con respecto a un observador dado. La Revolución de 1830 es un hecho pasado para nosotros, presente para los que la hicieron. Y de igual modo la sesión de ayer en la Cámara es ya un hecho pasado.

No hay, por tanto, hechos históricos por su naturaleza, no hay hechos históricos más que por posición. Es histórico todo hecho que ya no se puede observar directamente porque ha dejado de existir. No hay carácter histórico inherente a los hechos, no hay histórico más que la manera de conocerlos. La Historia no puede, a causa de esto, ser una ciencia, no es más que un medio de conocimiento.

Entonces se plantea la cuestión previa en todo estudio histórico: ¿cómo se puede conocer un hecho real que ya no existe? He aquí la toma de la Bastilla: insurrectos, todos muertos al presente, han tomado contra militares, muertos también, una fortaleza que ya no existe. O, para considerar un ejemplo de orden económico, obreros hoy muertos, dirigidos por un ministro que también murió, han fundado la fábrica de los Gobelinos¹⁹. ¿Cómo alcanzar un hecho ninguno de cuyos elementos puede ser ya observado? ¿Cómo conocer actos ninguno de cuyos actores ni el escenario pueden ya verse? He aquí la solución de esta dificultad. Si los actos que se trata de conocer no hubieran dejado ninguna huella, no sería posible ningún conocimiento de ellos. Pero muchas veces los hechos desaparecidos han dejado huellas, a veces directamente en forma de objetos materiales, casi siempre indirectamente en forma de escritos que redactaron las personas testigos de esos hechos. Estas huellas son los *documentos*, y el método histórico consiste en examinar los documentos para llegar a determinar los hechos pasados de que los documentos son las huellas. Toma por punto de partida el documento observado directamente, y desde ahí se remonta, por una serie de razonamientos complicados, hasta el hecho pasado que se trata de conocer. Difiere, pues, radicalmente de todos los métodos de las otras ciencias. En lugar de observar directamente hechos, actúa indirectamente razonando sobre documentos. Siendo todo conocimiento histórico indirecto, la Historia es esencialmente una ciencia de razonamiento. Su método es un método indirecto, por razonamiento.

La Méthode historique appliquée aux sciences sociales, págs. 2-5 (trad. esp., págs. 6-8).

Si no hay un carácter histórico que sea inherente a los hechos, si lo histórico es sólo la manera de conocerlos, de ello resulta, como señalara Seignobos abogando por una historia «científica», que la historia no es «una ciencia, no es más que un medio de conocimiento». Se trata de una aserción que ha sido subrayada a menudo y de forma legítima. Jus-

¹⁹ Como se sabe, la «fábrica de los Gobelinos» alude a una manufactura real dedicada a la tapicería, fundada por Colbert (1619-1683) a partir de la reunión de varios talleres parisinos. El nombre procede de Jean Gobelín, un artesano dedicado inicialmente a la tintorería que obtuvo gran renombre en toda Europa. Su taller, conocido como los Gobelins, fue adquirido por Colbert en 1662 para instalar dicha manufactura. Así, sus operarios fueron los encargados de abastecer al monarca Luis XIV, tanto de tapices como de otros elementos decorativos. Estas piezas artísticas pueden observarse hoy en día en el Louvre, en el palacio de Versalles o en el propio Museo de la Manufacture Nationale des Gobelins. (*N. de los T.*)

tificaría, por ejemplo, el título que Marrou dio a su libro: *El conocimiento histórico*.

Así pues, como tal proceso, la historia es un conocimiento basado en huellas²⁰. Como acertadamente dijo J.-Cl. Passeron, es «un trabajo sobre objetos perdidos». Procede a partir de las huellas que el pasado nos ha dejado, de «informaciones en forma de vestigios que son solidarias de contextos no observables directamente»²¹. Por lo general, se trata de documentos escritos, tales como los que hallamos en los archivos, periódicos, obras, aunque también pueden ser objetos materiales: por ejemplo, parte de una moneda o de una vasija de barro encontradas en una sepultura o, si nos acercamos en el tiempo, las banderas de los sindicatos, las herramientas de un trabajador o los obsequios que recibe un obrero cuando alcanza la jubilación. En todos los casos, el historiador trabaja sobre esas huellas para reconstruir los hechos. Esa operación es, pues, constitutiva de la historia; en consecuencia, las reglas del método crítico que la gobiernan son, en el sentido propio del término, fundamentales.

Es por eso por lo que podemos comprender mejor lo que dicen los historiadores cuando se refieren a los hechos. Un hecho no es otra cosa que el resultado de un razonamiento que se obtiene al aplicar las reglas de la crítica sobre las huellas del pasado. Es necesario reconocerlo, lo que los historiadores llaman indiferentemente «hechos históricos» constituye un auténtico «bazar» digno de un inventario a la Prévert²². Tomemos, por ejemplo, algunos hechos: Orleans fue liberada por Juana de Arco en 1429; Francia era el país más poblado de Europa en vísperas de la Revolución; en el momento de las elecciones de 1936, el número de parados en Francia era de menos de un millón; bajo la Monarquía de Julio, la jornada de trabajo de los obreros era superior a las doce horas; la laicidad se convirtió en un asunto político de primer orden a fines del Segundo Imperio; el uso del vestido blanco nupcial se extendió en la segunda mitad del siglo XIX bajo la influencia de los

grandes almacenes; la legislación antisemita de Vichy no fue dictada por los alemanes. ¿Qué hay de común entre todos estos «hechos» heteróclitos? Un sólo punto: son afirmaciones verdaderas, y lo son porque resultan de una elaboración metódica, de una reconstrucción a partir de huellas.

Por lo demás, si bien este procedimiento es el único posible para conocer el pasado, no quiere ello decir que sea exclusivo de la historia. Los politólogos que analizan la popularidad de los candidatos a unas elecciones, los especialistas de *marketing*, los economistas que se interrogan sobre una recesión o sobre una etapa de crecimiento, los sociólogos que examinan el malestar social que existe en los suburbios de una gran ciudad, los jueces que persiguen la droga o la corrupción, todos ellos interpretan huellas. El uso del método crítico desborda con mucho el dominio de la historia.

No hay hechos sin preguntas

La escuela metódica, la fundadora de la profesión histórica en Francia, no se contentaba con este tipo de análisis. En el contexto cultural de fines del siglo XIX —dominado por el método experimental de Claude Bernard—, su reto consistía en hacer de su disciplina una «ciencia» en todos los sentidos. De ahí que dicha escuela combatiera contra la historia que se presentaba bajo una concepción «filosófica» o «literaria».

Esta perspectiva obligaba a poner al historiador en relación con científicos que trabajan en su laboratorio como el químico o el naturalista, centrando así la argumentación en la observación. La historia, tal y como pretendían Langlois y Seignobos, también era una ciencia de la observación. Ahora bien, mientras que el químico o el naturalista observan directamente los fenómenos de su disciplina, el historiador ha de contentarse con observaciones indirectas, menos fiables por tanto. Sus testigos no son ayudantes de laboratorio que, siguiendo protocolos precisos, recopilen de forma sistemática los resultados de la experimentación. De ese modo, el método crítico no es sólo el fundamento de la historia entendida como conocimiento, sino como ciencia. Así, mientras que hasta ese momento Seignobos había declarado que la historia no podía ser una ciencia, en realidad contaba con la crítica para colmar la diferencia que la separaba de ella.

Esta voluntad de otorgar a la historia un estatuto científico explica la importancia que aquella generación de historiadores concedía a la

²⁰ M. Bloch (*Apologie*, pág. 21) (trad. esp., pág. 47) atribuye a Simiand la paternidad de esta «feliz expresión». El texto de Seignobos que hemos reproducido antes muestra que la idea ya estaba en el ambiente.

²¹ *Le Raisonnement sociologique*, pág. 69.

²² Se refiere, sin duda, al poeta surrealista Jacques Prévert (1900-1977). Por otra parte, el término inventario aplicado a este escritor está tan extendido que ha servido de título a diversas obras que se le han dedicado. Véase, por ejemplo, Alain Rustenholz, *Prévert, inventaire*, Paris, Le Seuil, 1996, o Bernard Chardere, *Jacques Prévert-Inventaire d'une vie*, Paris, Gallimard, 1997. (N. de los T.)

publicación sistemática y definitiva de documentos críticos. Su sueño no era otro que el de un repertorio exhaustivo de todos los textos disponibles que, tras una vigilante depuración crítica, fuera puesto a disposición de los historiadores. De ahí surgía también su idea de disponer de un acervo histórico que, gracias a la crítica, se hubiera desembarazado de leyendas y falsedades. De ahí, asimismo, la continuidad que se daba entre la enseñanza secundaria y la investigación histórica, ésta alimentando a aquélla y surtiéndola de hechos listos para ser utilizados; la continuidad, en fin, entre la historia enseñada y la historia científica, desprovista de su andamiaje crítico...

Resulta fácil caricaturizar esta concepción de la historia. H.-I. Marrou se mofaba de aquellos eruditos positivistas que creían que

poco a poco se acumula en nuestras fichas el puro trigo candeal de los «hechos»: al historiador no le queda ya sino referirlos con exactitud y fidelidad, procurando (...) dejar que hablen únicamente los testimonios reconocidos como válidos. En una palabra, que él no construye en modo alguno la historia, sino que la vuelve a encontrar²³.

H.-I. Marrou prosigue citando en esta ocasión a R. G. Collingwood²⁴, autor que, en efecto, no escatima sarcasmos para referirse a esa historia de «tijeras-y-engrudo»²⁵ (*scissors and paste history*) construida a partir de esos hechos prefabricados (*ready-made statements*) que los historiadores obtendrían con sólo acudir a los documentos, de forma similar a como el arqueólogo separa un fragmento de una vasija de la tierra que lo rodea.

La caricatura es excesiva y, sin duda, Seignobos nunca se hubiera reconocido en una simplificación tan simplista como ésta. Por lo demás, convendría ser honestos: la mayoría de los historiadores, cuando

²³ De la *connaissance historique*, pág. 54 (trad. esp., pág. 43).

²⁴ Tengo debilidad por Robin George Collingwood. Fue un gran espíritu y, en mi opinión, el único filósofo que fue asimismo historiador. Profesor de filosofía en Oxford, también fue arqueólogo e historiador de la Inglaterra antigua. A él le debemos un volumen de la *Cambridge Ancient History of England* y numerosos artículos eruditos sobre la Gran Bretaña romana. En otras palabras, es divertido y se le lee con placer...

²⁵ En este caso como en los anteriores, mantenemos el criterio de utilizar la traducción castellana ya existente. Sin embargo, quizá hubiera sido preferible sustituirla por la de «recortar y pegar», de empleo más común, entre otras cosas porque el término engrudo —tan simpático y entrañable— ha caído en desuso al ser reemplazado por otros pegamentos. (N. de los T.)

en su quehacer cotidiano imparten cursos o escriben obras de síntesis, lo hacen siguiendo el esquema de Seignobos. Los historiadores dedican buena parte de su tiempo a leerse los unos a los otros y a reutilizar el trabajo de sus colegas. En efecto, los libros que unos escriben se convierten para otros en recopilaciones de hechos, canteras a las que recurren para surtir de piedras con las que construir sus edificios. El dominio de la historia es tan vasto y las fuentes tan abundantes que sería absurdo descartar el trabajo de nuestros colegas y nuestros predecesores, siempre y cuando cuenten con las garantías metodológicas requeridas: reemprenderlo todo volviendo a las fuentes sería una empresa vana y desesperada. Si los grandes antecesores de la escuela metódica hubieran andado totalmente descaminados, si los hechos no fueran, en ciertos aspectos, materiales acumulados por la investigación crítica en beneficio de otros historiadores, entonces éstos no se habrían tomado la molestia de acumular tantas notas citando los libros de sus colegas. De ese modo, si bien ellos subrayan determinadas ideas que desean prolongar o discutir, también tienen en cuenta y se sirven de muchos otros hechos. No estaría de más decir lo que estas prácticas son: ningún historiador renuncia a tomar de otros historiadores los hechos prefabricados, con tal de que estén bien contruidos y pueda reutilizarlos en su propio edificio.

Por otra parte, deberíamos señalar que la disociación entre el establecimiento de los hechos por el método crítico y su posterior interpretación, aunque responda a las exigencias propias de la enseñanza y de la síntesis, no es lógicamente sostenible. En realidad, nos estamos equivocando de camino si lo erigimos en principio de la investigación histórica²⁶.

Volvamos sobre la distinción entre observación directa e indirecta, la cual no es de gran utilidad por lo que al método respecta. Como se ha visto, puede aplicarse por un lado a las investigaciones sobre el presente y, por otro, concierne a las huellas materiales directamente observadas²⁷.

Volvamos también sobre la imposibilidad lógica de comenzar en la práctica la historia por la crítica de las huellas. La exposición clásica del método histórico sitúa la crítica como fundamento lógico de su edificio y exige que todo historiador tenga unas determinadas competen-

²⁶ El error de Seignobos reside en creer que la enseñanza y la investigación proceden siguiendo la misma lógica. Véase nuestro artículo «Seignobos revisité».

²⁷ M. Bloch discute ampliamente sobre este punto (*Apologie*, págs. 17-20).

cias en ese sentido, de modo que quien no las posea no pueda ejercerla. Recordemos que la crítica procede por comparaciones y que es imposible demostrar la falsedad de un documento si desconocemos cómo debería estar presentado. Ya hemos subrayado la necesidad de descifrar los textos a partir de las representaciones colectivas subyacentes a su construcción. De ese modo, sólo un historiador aguerrido está preparado para practicar la crítica. Así lo confirman, por otra parte, las dificultades que tienen los estudiantes cuando han de comentar un texto. Si bien les tranquiliza porque evitan de entrada el vértigo que produce la hoja en blanco, la experiencia de quien corrige enseña que les resulta mucho más difícil que responder a una pregunta. El historiador se halla, pues, encerrado en un círculo vicioso: lo que define su tarea es la crítica de fuentes, pero no puede hacerlo si no es ya historiador.

La ingenuidad fundamental de la escuela metódica de fines del siglo XIX radica en la simplicidad de la secuencia documento/crítica/hecho. M. Bloch, refiriéndose concretamente a Langlois y Seignobos, lo deja bien claro:

Muchas personas, y aun al parecer ciertos autores de manuales, se forman una imagen asombrosamente cándida de la marcha de nuestro trabajo. En el principio, parece decir, están los documentos. El historiador los reúne, los lee, se esfuerza en pesar su autenticidad y su veracidad. Tras ello, únicamente tras ello, deduce sus consecuencias. Desgraciadamente, nunca historiador alguno ha procedido así, ni aun cuando por azar cree hacerlo²⁸.

En efecto, los Monod, Lavis, Langlois y Seignobos, que teorizaron sobre las reglas de la crítica y elaboraron a partir de ellas la deontología de la profesión, no obraron así. Pero si no fueron conscientes se debió a que su elección decisiva, que consistía en interesarse por las decisiones de los Estados y el funcionamiento de las instituciones, les llevaba a privilegiar los documentos de los archivos públicos. Como, por otra parte, les parecía que tal elección se imponía por sí misma, no se preocuparon de justificarla, ni tan siquiera de explicitarla. Ahora bien, eso les impidió ser conscientes de cuál era su propio planteamiento.

La misma elección explica que su historia se presente como el estudio de ciertos periodos, dado que su interés se centra en la sucesión de regímenes políticos, y éstos se inscriben en unas etapas determinadas.

²⁸ *Ibid.*, pág. 26 (trad. esp., pág. 54).

A esta historia-periodo se le opone la historia-problema, en la que las preguntas explícitas son la base que perfila su objeto de estudio. Esta oposición es antigua, como la prescripción que encierra: el gran precepto de Lord Acton a finales del siglo XIX era ya «estudien los problemas, no los periodos»²⁹. En realidad, incluso los investigadores que se ocupan de los periodos construyen su historia a partir de preguntas, aunque éstas permanezcan implícitas y en consecuencia mal formuladas.

En efecto, la historia no puede proceder a partir de los hechos: no los hay sin preguntas, sin hipótesis previas. Lo que puede suceder es que el interrogante esté implícito, pero si falta, entonces el historiador estará desamparado y no sabrá qué buscar ni dónde hacerlo. Puede darse el caso también de que la pregunta sea inicialmente vaga, pero si no se precisa posteriormente la investigación quedará abortada. La historia no es el arte de pescar con red; el historiador no lanza sus aparejos al azar para ver si capturará peces y de qué tipo. Jamás hallaremos respuesta a preguntas que nos hallamos planteado previamente... En esto, la historia no se diferencia de las otras ciencias, como ya subrayara P. Lacombe en 1894:

PAUL LACOMBE: NO HAY OBSERVACIÓN SIN HIPÓTESIS

La historia (...) no se presta a la experiencia en el sentido científico de la palabra³⁰. Bajo su perspectiva, el único procedimiento posible es el de la observación. Es necesario que nos pongamos de acuerdo sobre el significado de ese término. Harto generalmente se imagina que la observación consiste en tener los ojos fijos sobre la oleada infinita de los fenómenos que pasan; y al pasar, alcanzar los fenómenos que establecen una de esas ideas que son la revelación de sus aspectos generales. Pero la infinita diversidad de los fenómenos no arroja sino incertidumbre y duda en el espíritu vacío de toda concepción. Precisamente, observar es no mirar todo con una ojeada vagamente atenta y expectante. Es concentrar la vista sobre ciertas regiones o sobre ciertos aspectos en virtud de un principio de elimina-

²⁹ Lord Acton, *A Lecture on the Study of History, Delivered at Cambridge, June 11 1895*, Londres, Macmillan, 1895, 142 págs. Véase también F. Furet, *De l'histoire récit à l'histoire problème*.

³⁰ Hemos añadido, con nuestra propia traducción, las líneas que van desde «Bajo» hasta «término». Estas pocas líneas no existen en la versión castellana editada, pero sí en la cita que reproduce Prost. (*N. de los T.*)

ción y elección, indispensable ante la enorme multiplicidad de los fenómenos. Una hipótesis concebida, un proyecto preconcebido de verificación es lo que sólo suministra ese principio que circunscribe la vista, la atención en un sentido especial y la cierra en cualquier otro. Si es evidente que una hipótesis exige ser verificada, también es cierto aunque menos evidente, que la observación exige previamente la concepción de una hipótesis.

De l'histoire considérée comme science, pág. 54
(trad. esp., págs. 54-55).

Los historiadores de la escuela de los *Annales*, que se reclamaban herederos tanto de Lacombe como de Simiand, insistieron especialmente sobre este punto, y con razón. L. Febvre, con su habitual inspiración, despachaba con un símil rural a aquellos historiadores que no se plantean preguntas:

...si el historiador no se plantea problemas, o planteándoselos no formula hipótesis para resolverlos, está atrasado con respecto al último de nuestros campesinos. Porque los campesinos saben que no es conveniente llevar a los animales a la buena de Dios para que pasten en el primer pasto que aparezca: los campesinos apriscan el ganado, lo atan a una estaca y le obligan a pacer en un lugar mejor que en otro. Y saben por qué³¹.

Los historiadores de la escuela metódica, como Langlois y Seignobos, se mostraron relativamente de acuerdo sobre las cuestiones que se plantearon. Por esa razón, no lograron establecer esta interdependencia entre hechos, documentos y preguntas. Ése es precisamente el punto débil de su epistemología, aunque el mismo Seignobos dejara constancia de que al documento se iba para interrogarlo. El propio M. Bloch utiliza el término «sorprendente» para calificar una frase que se le escapara a su querido maestro, frase que —añadía— no puede decirse que sea el «propósito de un fanfarrón»: «Es muy útil hacerse preguntas, pero muy peligroso responderlas»³².

Como contrapartida, su deontología sobre la forma en que se establecen los hechos continúa siendo la regla de la profesión. Cualquiera que sea la escuela de la que uno se reclame miembro, el historiador actual respeta los principios de la crítica. G.-P. Palmade tenía razón cuan-

do señalaba en 1969, en el prefacio a una reedición de la *Histoire sincère de la nation française* de Seignobos, que todos nosotros somos herederos, «aunque a veces inconscientes o ingratos», de la generación de fundadores de la profesión. Lo que ocurre es que minimizamos su contribución «por haberla asimilado completamente».

En efecto, cualesquiera que sean los documentos utilizados o las cuestiones planteadas, lo que está en juego en la fase del establecimiento de los hechos es la fiabilidad o la verdad del texto que el historiador dará a sus lectores. De eso depende el valor de la historia como «conocimiento». La historia se basa en los hechos, y al historiador se le aprecia en la medida en que los produzca en apoyo de sus afirmaciones. La solidez de un texto histórico, la cualidad de ser científicamente admisible, depende del cuidado que presta a la construcción de los hechos. El aprendizaje del oficio descansa, pues, a la vez sobre el planteamiento crítico, el conocimiento de las fuentes y la práctica de la interrogación. Es necesario aprender varias cosas a un tiempo: tomar notas correctamente, leer adecuadamente un texto sin equivocarse sobre su sentido, sus intenciones o su alcance, y plantear las preguntas pertinentes. De ahí la importancia que en los estudios de historia tienen, al menos en el caso francés, las «explicaciones de documentos», textos, imágenes, tablas estadísticas, etcétera. Es por eso por lo que, cuando se evalúa a los investigadores, se concede un gran valor al trabajo hecho sobre fuentes de primera mano, esa labor en que se indica su procedencia, esa tarea en la que se señalan las referencias, es decir, hablamos de aquella ocupación en la que se da un gran relieve a todo lo que llamamos el «aparato crítico». La historia, para bien o para mal, no soporta la imprecisión, no soporta el «poco más o menos», el «aproximadamente». Una fecha, una referencia, o son algo cierto o, por el contrario, son falsas. No es una cuestión de opinión. Lo que debemos hacer, si queremos impugnar una determinada lectura de la historia, es producir otros hechos, otros datos, otras referencias.

Sabemos que la profesión histórica está atravesada por divisiones internas, como ocurre con cualquier grupo social. Pero, a pesar de ello, mantiene una deontología común. En ese caso, ¿no es a ésta a la que debemos el hecho de haber preservado una cierta unidad?

³¹ *Combats pour l'histoire*, pág. 23 (trad. esp., pág. 44).

³² *Apologie*, pág. XVI (trad. esp., págs. 18-19).